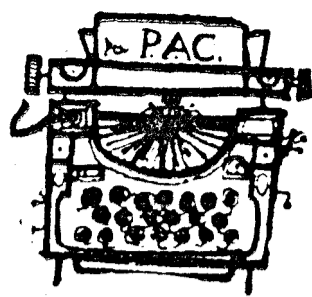


escrito a máquina

# Delincuencia capicúa



Cuando los índices estadísticos marcan la presencia de una epidemia, la sociedad se defiende utilizando todos sus recursos de salubridad para exterminar el virus que la produce. Todo virus se desarrolla en un ambiente propicio, de ahí que el hombre luche para que el medio ambiente cambie y se haga prácticamente imposible el desarrollo del virus. Si es la polio la que amenaza se dictan medidas de sanidad, se prohíben concentraciones, se cierran incluso las escuelas, se vacuna masivamente, etc.

Nuestra sociedad nicaragüense no parece poseer los mismos sistemas de alarma con respecto a la criminalidad a pesar de que cobra mucho más víctimas que la polio y de que significa una amenaza de disolución social que no la posee ningún virus. La criminalidad, como el virus, se desarrolla cuando las condiciones ambientales la favorecen, pero entre nosotros esta sencilla regla de salubridad moral ha sido olvidada. El crimen de esta semana en Ticuantepe es un escándalo, pero, desgraciadamente, no es un hecho aislado sino el eslabón de una interminable y alarmante cadena de crímenes donde se va perdiendo toda diferencia entre "autoridad" y "delincuencia". ¿A dónde puede llevar a nuestro pueblo un ambiente así, donde medicina y enfermedad no se diferencian en sus estragos?

Cuando muchachos nos repetían en la escuela una frase capicúa (que se leía lo mismo al revés que al derecho): "Dábale arroz a la zorra el abad". Esta facultad capicúa ha adquirido la criminalidad en Nicaragua. Un día es la delincuencia autoridad, otro día es la autoridad delincuencia. ¿Hemos reflexionado lo que significa —como peligro de disolución moral y social— esta ambivalencia repetida hasta la saciedad, donde el revés se hace derecho y el derecho revés y un día asalta el ladrón y otro día el policía? ¿Qué norma queda en pie cuando el crimen lo produce lo mismo —y con la misma frecuencia— el polo de la delincuencia y el polo de la autoridad? ¿Detendríamos la polio si el médico inyectara la enfermedad o si Salubridad dictara medios para favorecer el virus?

Pero el descrédito moral de la autoridad resulta mucho más grave en una sociedad cuando otros factores vienen a sumarse agudizando los instintos agresores del individuo. Nicaragua está atravesando un período crítico de crecimiento poblacional explosivo, de procesos de cambio en las formas de vida y de trabajo, de migraciones internas, de

desempleo, etcétera, que producen tensiones y que acentúan los comportamientos agresivos. La vida económica, basada completamente en la competencia, lanza a los individuos a un enfrentamiento constante; enfrentamiento que se convierte casi en una guerra cuando las oportunidades se reducen al mínimo y cada uno trata de salir a flote a costa de los demás. En un ambiente así las reglas del juego se pierden fácilmente y la violencia es entonces una tentación demasiado fuerte.

¿Qué le espera a una sociedad donde la lucha por la vida se va convirtiendo en una guerra interna y donde la autoridad, en vez de promover la justicia, buscar soluciones e imponer la ley, se convierte en un elemento más del caos?

Esta misma semana se reunió en el INCAE un grupo de industriales, profesionales y hombres de negocio para investigar por qué han frenado en Nicaragua las inversiones. Seguramente hay muchas respuestas técnicas y no pocas políticas para la pregunta. Pero la economía —como actividad humana— tiene también un subconsciente y nadie interrogó a ese subconsciente en el INCAE. El inversionista es un señor que saca su dinero y lo expone en una obra creadora, en una nueva empresa, en una nueva aventura productiva. Cuando el subconsciente de un pueblo percibe la inseguridad y el temor ¿no es lógico que el consciente opere con retraimiento y cautela? ¿No es típico de las épocas inseguras que el dinero se oculte y que se prefiera la usura a la inversión? Y estos constantes cuadros de delincuencia capicúa, como el de Ticuantepe, aunque los apartemos de la memoria por higiene mental ¿no se van almacenando en el subconsciente y formando una capa de "vago temor", una oscura arena movediza donde sentimos que se hunden los cimientos morales de la sociedad en que vivimos?...

Yo invito a la reflexión a todas esas fuerzas que todavía pueden detener nuestra precipitada caída en el abismo. Hay hombres en todos los partidos y clases, civiles, militares, ricos y pobres que no pueden dejar de ver el caos social hacia donde avanzamos si casos como el que comentamos siguen produciéndose al ritmo que llevan. Por el momento hay algunos de mis lectores que están más a salvo que otros. Pero ¿quién puede prever las reglas del negocio futuro cuando se vaya viendo la eficacia económica del crimen?

PABLO ANTONIO CUADRA